

¡ESCRIBE!

“Y escribe al ángel de la iglesia en Esmirna”

Apocalipsis 2:8

Dios como escritor.

Las siete cartas de Jesús a las iglesias del Apocalipsis comienzan en castellano con la misma palabra: “¡Escribe!” Esta pequeña palabra encierra la intención de Jesús de que lo que él pensó y habló hace varios miles de años sea patrimonio de su iglesia de todos los tiempos. Las palabras de Jesús en este libro de Apocalipsis, así como las palabras de toda la Biblia, no son consejos y amonestaciones pasajeros, que valen únicamente para un tiempo o una época concreta, y que a partir de ahí no dicen nada a nadie. No, la realidad es que las palabras de la Biblia encierran pensamientos divinos, santos y eternos. Son palabras que hay que guardar con esmero hasta el fin de los tiempos, porque hasta entonces, y más allá aún, conservarán su valor. Así lo dice Cristo: “El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán”. Cuando se hayan acabado las palabras humanas, cuando el último hombre guarde silencio sobre la tierra para siempre, todavía la palabra de Dios continuará imperando, pues dice Isaías (40:6 y 8) “que toda carne es hierba, y toda su gloria como flor del campo... Sécase la hierba, marchítase la flor; mas la palabra del Dios nuestro permanece para siempre”, o sea, eternamente.

Al decir a Juan: “¡Escribe!”, Jesús manifiesta su amor y su compromiso para con su iglesia, pues da una orden de cuya obediencia y realización nos alimentamos todavía hoy todos nosotros, sus discípulos. Jesús manifiesta su riqueza por medio de esta orden que imparte a Juan, pues por medio de ella acerca a nosotros la abundancia de la verdad y de la sabiduría divinas. Jesús nos ha confiado su palabra transmitiéndonosla por medio del servicio del hombre, con esto se ha atado a nuestro servicio, pero a la vez ha liberado a su palabra de todo servicio humano, pues, la mano que sostuvo el cálamo perdió su fuerza un día y sucumbió víctima de la muerte, mientras que su divina palabra continua teniendo su fuerza eterna y su valor y vigencia en el tiempo.

Junto a la encarnación de su Hijo Jesucristo y a la predicación oral, Dios ha escogido la escritura para hacernos partícipes de su amor y su bondad. La escritura, la página impresa, el libro en definitiva, es un medio maravilloso

para la realización del plan de salvación de Dios para con el mundo. Tanto es así que muy bien podemos hablar de Dios como escritor. ¡Dios trabaja con libros! ¡Dios hace que se escriban libros! ¡Dios escribe libros!

Las sagradas Escrituras nos hablan de varios libros divinos. A través de ellas sabemos que Dios tiene en el cielo una serie de libros. Así, se nos habla en primer lugar del “Libro de la Vida”. En él están escritos todos los nombres de los que aman y sirven a Dios. En Éxodo 32:31-32 dice Moisés a Dios: “Te ruego, pues este pueblo ha cometido un gran pecado, porque se hicieron dioses de oro, que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito”. Ningún pecador impenitente se encuentra en este libro. El salmista dice de éstos: “Sean raidos del libro de los vivientes, y no sean escritos entre los justos” (Salmo 69:28). Lo más importante para el hombre es que su nombre figure en este libro. Jesús dijo a sus discípulos: “No os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20). En Filipenses 4:3 el apóstol Pablo habla de “sus colaboradores, cuyos nombres están en el libro de la vida”. ¿Está tu nombre escrito en el libro de la vida que está en el cielo? Si tu nombre no figura allí, lo has perdido todo, por mucho que figure en los periódicos o en algunos libros de aquí abajo.

Junto al Libro de la Vida existe también en el cielo el “Libro de los Juicios”. En Apocalipsis 20:12 podemos leer: “Y vi a los muertos, grandes y pequeños, de pie ante Dios; y los libros fueron abiertos... y fueron juzgados los muertos por las cosas que estaban escritas en los libros, según sus obras”.

Y hay, además, en el cielo otro libro que es el “Libro de la Providencia”. En el Salmo 139:16 leemos sobre el mismo: “En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas”. Y en otro lugar, en el que se nos habla de la venida del Mesías al mundo, leemos: “Entonces dije: He aquí, vengo; en el rollo del libro está escrito de mí” (Salmo 40:7). El Libro de la Providencia contiene las cosas que han de ocurrir en el futuro. Para los hombres este es un “libro con siete sellos” (Apocalipsis 5:1); sólo Cristo puede abrirlo y leerlo. A nosotros nos ha sido vedado acceder a su contenido. Indudablemente, Dios tiene buenas razones para esto. A nosotros nos gustaría conocer el futuro, pero cuando Dios nos lo prohíbe, sus razones tendrá.

Además de estos libros encontramos también que Dios ha entregado en manos de los hombres otra serie de libros. Así, por ejemplo, tenemos el “Libro del Pacto”. De él se nos dice en Éxodo 24:7: “Y (Moisés) tomó el libro del pacto y lo leyó a oídos del pueblo”. Por otro lado, los profetas reciben de Dios la orden expresa de escribir en un libro todas las visiones que ellos han recibido de Dios. A Jeremías (30:2) le dice: “Escríbete en un libro todas las palabras que te he hablado”. A Isaías le manda: “Ve, pues, ahora, y escribe esta visión en una tabla delante de ellos, y regístrala en un libro, para que quede hasta el día postrero, eternamente y para siempre (30:8). Y al profeta Habacuc le ordena el Señor: “Escribe la visión, y declárala en tablas, para que corra el que leyere en ella” (2:2).

Es evidente que Dios es un escritor. Pero ¿por qué se vale Dios de la escritura, del libro, para realizar su obra? Entre las muchas razones podemos destacar tres:

1. La escritura da consistencia a la palabra hablada.

“Las palabras se las lleva el viento”, solemos decir nosotros. Pero Dios no quiere que sus palabras se pierdan en el espacio vacío. Por eso recurre a la escritura, porque ésta confiere consistencia y permanencia a la palabra, siempre frágil y fácil de ser olvidada. La escritura otorga a la palabra continuidad y perpetuidad en el tiempo. Gracias a que los hombres obedecieron el mandato divino de escribir, pudieron ser abiertos los libros proféticos el día que Jesús se manifestó públicamente en Nazaret como el Mesías prometido. De ese día y de ese instante escribe el evangelista Lucas: “Y se le dio el libro del profeta Isaías” (Lucas 4:17).

La historia de Dios con su pueblo es demasiado preciosa para ser confiada únicamente a la frágil memoria del hombre. La historia de Dios con Israel es única y tiene carácter ejemplar para todos los pueblos y todos los hombres. El éxodo de la esclavitud en Egipto, el paso milagroso del Mar Rojo, el abastecimiento diario del pueblo en el desierto con maná del cielo, la disposición continua de Dios para el diálogo y su fidelidad a su pacto con Israel, deben ser conocidos de todas las generaciones. Por medio de estos sucesos escritos nos dice Dios: Así de fiel soy yo, y así de olvidadizos sois vosotros los hombres. De esta manera, Dios quiere alentarnos a creer en él con mayor confianza. Consciente de nuestra propensión al olvido, usa la escritura para hablarnos de su amor y de su gracia, así como de nuestra necesidad de Él.

2. La escritura es la base de la nueva predicación de Jesús.

Jesús leyó y estudió la palabra de Dios desde su infancia. Lo que él aprendió en esos años y hasta el comienzo de su ministerio de predicador, constituyó el sólido fundamento de su certeza en cuanto a la voluntad de Dios en el día de la tentación en el desierto. Allí, por tres veces, rechaza Jesús los argumentos de Satanás, respondiendo invariablemente: “¡Escrito está!” Con estas palabras revela Jesús su sujeción a la palabra escrita de Dios. ¿Cómo enfrentamos nosotros nuestras tentaciones? ¿Procuramos encontrar las respuestas en el libro de Dios? ¿Podemos decir en nuestras tentaciones, como dijo Jesús: “Escrito está”? ¿Conocemos la palabra escrita de Dios lo suficiente para poder responder ante cualquier idea o tentación: “Escrito está”? Nosotros no podemos responder a los argumentos del diablo desde ninguna otra base que no sea la palabra escrita de Dios. Buscar los argumentos para nuestra vida y nuestra obra en otro lugar es hundirse en traidoras y mortales arenas movedizas.

Aún al final de su ministerio terrenal vemos a Jesús en su ministerio de expositor de la palabra de Dios mientras acompaña a dos de sus discípulos camino de Emaús. Lucas 24:27 nos dice a este respecto: “Y comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas, les declaraba en todas las Escrituras lo que de él decían”. ¡Cuánto amaba Jesús las Escrituras divinas! ¡Qué bien las conocía! Él era ese varón que meditaba en ellas de día y de noche, el que todo el día la hacía objeto de su meditación. ¿Cuál es nuestro conocimiento de las Escrituras y cuánto es nuestro amor hacia ellas? Todo predicador, hombre o mujer, se esforzará en conocerla, porque sus predicaciones han de basarse en ellas. Un predicador con un conocimiento mediocre o deficiente de las Escrituras es un peligro para la Iglesia y para el mundo. La predicación oral, incluso la propia predicación de Jesús, debía atenerse a las Escrituras. El predicador cristiano es el que “usa bien la palabra de verdad” (1 Timoteo 2:15). Y esto sólo es posible cuando se conoce bien esa palabra. Por eso, todo predicador es primeramente lector. Lector atento, lector constante, lector asiduo de las Escrituras divinas. ¿Se podría decir todo esto de nosotros?

3. Dios mandó a unos escribir para que otros pudieran leer

A la gran importancia de las Escrituras divinas corresponde la urgencia del deber de leerlas. Dios mandó a unos hombres escribir para que todos puedan leer. Dios quiere que su palabra sea leída de día y de noche. A

Josué, sucesor de Moisés, le dice Dios al comienzo de su ministerio: “Nunca se apartará de tu boca este libro de la ley, sino que de día y de noche meditarás en él” (Josué 1:8). Este texto es una prueba de la costumbre hebrea de leer las Escrituras en voz alta. Dios quiere, pues, que veamos menos televisión y que leamos más su palabra. Esto lo manda Dios porque él sabe muy bien el enorme bien que nos hace la lectura de su libro.

Jesús da por supuesto que sus oyentes conocen las sagradas Escrituras y la aceptan como autoridad en materia de fe y vida. Les pregunta en sus diálogos: “¿Qué está escrito en la ley? ¿Cómo lees?” (Lucas 10:26). A los fariseos los acusa de “no conocer las Escrituras ni el poder de Dios” (Mateo 22:29). Por eso, y teniendo en mente Isaías 34:16, exhorta a todos sus oyentes, diciéndoles: “Escudriñad las Escrituras, porque a vosotros os parece que en ellas tenéis la vida eterna; y ellas son las que dan testimonio de mí” (Juan 5:39).

Sin abrigo y sin libros nos morimos de frío. No sabemos si Pablo era olvidadizo. Más bien creemos que no. De todos modos, a Timoteo le escribe: “Trae, cuando vengas, el capote que dejé en Troas en casa de Carpo, y los libros, mayormente los pergaminos” (2 Timoteo 4:13). El capote le hacía falta porque el invierno estaba a las puertas. Pablo escribe esta carta presumiblemente en el otoño del año 63 d.C. Los libros les hacían falta porque, como buen estudiante de las Escrituras, Pablo necesitaba libros. Los libros más baratos, escritos sobre material de papiro y los más caros, escritos sobre pergamino. Estos pergaminos que Pablo solicita mayormente, son casi con toda seguridad libros del Antiguo Testamento. Pues según una prescripción judía de aquella época, las sagradas Escrituras sólo podían escribirse en pergaminos. Ante la solicitud de Pablo, sólo cabía esperar que Timoteo viajara ligero de equipaje, pues, indudablemente, él tampoco viajaría sin sus propios libros.

Las jóvenes iglesias cristianas de aquellos primeros años eran grupos de ávidos lectores y estudiosos de las Escrituras. Cuando durante su segundo viaje misionero Pablo llega con su equipo a la ciudad griega de Berea, y exponen el evangelio en la sinagoga judía, se dice de estos hombres que “recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así” (Hechos 17:11).

El etíope tesorero de la reina Candace (Hechos 8:26-40), que había subido a Jerusalén a adorar a Dios, compró en las tiendas del templo un rollo de pergamino conteniendo el libro del profeta Isaías. Y esta lectura, difícil para él, se le convirtió, por la gracia de Dios, en la más grande bendición, y su alma fue salvada por la eternidad. De manera que Dios manda que se escriba para que el hombre pueda leer, y para que leyendo obtenga la vida eterna.

Dios determinó que se escribiera el evangelio de Juan, una brevísima selección de las obras y palabras de Jesús, para que sus lectores puedan creer y sean salvos. Así lo afirma este mismo evangelio en 21:31: “Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre”. De manera que, la palabra de Dios no solamente tiene que ser oída, sino que también tiene que ser leída. Y el lector de las Escrituras no puede contentarse con adquirir el conocimiento que ellas transmiten. No podemos darnos por satisfechos con saber qué dicen las Escrituras. Pues en el cristianismo se trata siempre de hacer y poner en práctica lo que hemos aprendido. La bienaventuranza eterna la disfrutarán no los oidores y lectores de la palabra de Dios, sino los hacedores de ella. Por eso, dice Jesús en el último capítulo de este libro de Apocalipsis (22:7): “Bienaventurado el que guarda las palabras de la profecía de este libro”.

Jesús le dice a Juan: “¡Escribe!” Y esta misma orden de Jesús nos dice a ti y a mí hoy: “¡Lee!” Si no leemos las Escrituras divinas, no habremos entendido el divino “¡Escribe!” Dios escribe para que tú y yo leamos, y para que leyendo y creyendo, seamos salvos y edifiquemos diariamente nuestra salvación, nuestra fe. Por eso, ante el divino “¡Escribe!” de Jesús, sólo cabe nuestra más sincera gratitud y nuestra más pronta obediencia a lo escrito.

Félix González Moreno
Pastor

